



Félix Crespo Fernández, 84 años.
Gabriel Antonio López Vega, 25 años.

Tres imágenes

Félix Crespo Fernández aún rumia sus recuerdos. Como un ciervo que lleva del estomago a la boca otra vez el alimento y lo vuelve a masticar para poder digerirlo, a Félix le vuelven a la cabeza sus recuerdos y los rumia. Ya no le atormentan ni le hacen sufrir pero todavía hay noches en las que se desvela como en los días que pasó en prisión y recuerda a su madre o la quiebra de la empresa que un día fundara. Hoy acompañado de su chata, como él llama a su esposa, Félix rememora días de sufrimiento al tiempo que con miradas a su esposa delata el amor sincero que siente hacia ella.

Podría decirse que tres imágenes, más que tres hechos, han marcado la vida de Félix Crespo. Tres escenas que han quedado grabadas, por la fuerte carga emotiva, en la retina de este hombre.

Nació en Madrid el 9 de septiembre de 1921 y desde pequeño tuvo que aprender a arreglárselas sólo; su padre era ferroviario y viajaba continuamente y su madre fue internada en un manicomio cuando él apenas había nacido. Con la única compañía de su hermano tuvo que aprender a enfrentarse a reveses de la vida más propios de un adulto que de un niño. A los dieciséis años entró como aprendiz en un taller donde se instruyó en el oficio de tornero; profesión, ésta, que desempeñaría toda su vida. El estallido de la Guerra Civil le sorprendió siendo un adolescente y no fue llamado a filas como su hermano.

“El efecto que me produjo ver entrar a mi padre en el calabozo fue demoledor. Era un buenazo, un trabajador y verle así de alicaído...”. Ésta es una de las imágenes importantes en su vida. Al acabar la guerra su padre y él fueron detenidos junto con unos vecinos en plena represión franquista y llevados a la Prisión de Conde de Toreno. Lo detuvieron primero a él y, ya en el calabozo, vio entrar a su padre. Pasaron cuarenta días encarcelados y no hubo noche en la que no lo despertasen los gritos de quienes eran llamados por los guardas para llevárselos en una camioneta. “No sé que pasaría ya con ellos pero el caso es que no volvían”. El miedo y la angustia se apoderaban de Félix por la noche: no sabía si iba a ser él uno de los que llamasen los guardas. Pero no era éste el único motivo de su angustia nocturna. Los carceleros obligaban a todos los presos a cantar “El cara al Sol” en plena madrugada. “Estábamos en una sala inmensa ciento y pico presos durmiendo o intentándolo y nos despertaban borrachos para que cantásemos”. Durante el día los ánimos estaban más tranquilos y en esos cuarenta días tuvo Félix tiempo para componer versos: “Asquerosos vecinos de este suelo /que se agarran y crían mis desvelos / desvelos que se truecan en tus visiones / cual recuerdos de grandes ilusiones”. Los piojos, esos vecinos a los que hace referencia, eran compañeros habituales junto con la miseria en la prisión. El destino quería que otro poeta compusiese también entre las rejas de la Prisión de Conde de Toreno. Miguel Hernández durante el tiempo que pasó recluido escribió una nana-cuento, “El pez más viejo del río”. Distinta suerte corrieron ambos. Miguel Hernández moriría encarcelado en Alicante en 1942 y Félix Crespo conseguiría la libertad gracias a un salvoconducto de su hermano que había combatido en la guerra en el bando nacional.



En 1941 fue llamado para realizar el servicio militar donde estuvo al cargo de cincuenta hombres en un taller de reparación de vehículos militares. Un año antes, conoció a la que, transcurrido el tiempo, sería su esposa, Milagros Bravo Sanz. “Era un joven serio, de carácter seco y retraído. Pero yo he sabido moldearlo”, asegura Milagros. Félix es hoy, según su mujer, una persona honrada, hecha a sí misma y que con el tiempo ha ido cambiando un carácter serio por otro más cariñoso y extrovertido. Se casaron tras seis años de noviazgo y eligieron Asturias como destino en su luna de miel.

“Sufrimos un impacto muy grande: estaba amortajada con la única vestimenta de un capote militar con agujeros y una sola zapatilla.”. La madre de Félix, Julia Fernández, murió en 1956 en el manicomio de Valladolid. Sus compañeras, recuerda Félix, hacían una reverencia al paso de su madre: la llamaban “la reina del manicomio”. Tenía a su cargo un grupo de enfermas y, tal vez, en muchas ocasiones haya paseado con ellas por los patios del manicomio o se haya asomado por sus balcones para ver el río Pisuega que discurre cerca de este centro sanitario. Julia era una mujer, recuerda su hijo, tranquila y dulce que bordaba servilletas para el personal sanitario; el mismo que la amortajó de forma tan grotesca. Su familia al ver el modo en que iban a enterrarla buscó rápidamente un sudario y dispuso lo necesario para darle digna sepultura. Milagros, la esposa de Félix, calmaba a su marido en las noches en las que despertaba con la imagen de su madre amortajada. Una imagen que aún rumia y que constituye una de esas escenas que han marcado su vida.

Años antes de la muerte de su madre, Félix fundó una empresa. Le fue bien y ganó lo suficiente como para no pasar penurias económicas en una época marcada por la escasez. Desde 1958 fueron asiduos en los cotillones de nochevieja del Círculo de Bellas Artes de Madrid. Félix y Milagros eran jóvenes todavía y disfrutaban del baile hasta altas horas de la madrugada. “La primera vez que salimos lo convencí yo. Él no quería pero a mi apetecía porque iba también mi hermana con su marido. Cuando nos estábamos arreglando vio el vestido de gala que me había hecho para la ocasión y dijo que ya no íbamos a ninguna parte. Le pareció que tenía demasiado escote. Hicimos un trato. Iríamos al cotillón y si alguien se fijaba en mi volveríamos a casa”. Milagros recuerda con una sonrisa como convenció a su marido. Se divertieron tanto que Félix no se opuso a volver al año siguiente. Durante veinte años disfrutaron de estas fiestas.

“Moralmente lo que me destrozó no fue caer en la ruina sino ver como me destrozaban los dos tornos con los que me establecí por mi cuenta”. Tercera imagen trascendental en la vida de este hombre. Félix Crespo había fabricado manualmente dos tornos en la empresa en la que trabajaba como tornero para poder así formar su propio taller. Tenía un especial cariño por esas piezas por ser, precisamente, con las que había empezado en 1952. “Te llegan al alma estos reveses de la vida. Tras 40 años con mi empresa tuve que cerrarla”. La crisis económica de 1993 afectó también a Félix. Pasó noches enteras llorando y una depresión que, según confiesa, superó gracias a su mujer. Reconoce que su chata ha jugado un papel importante en su felicidad.

Bastan unos minutos en compañía de este matrimonio para darse cuenta del amor que siente el uno por el otro. El primer beso se lo dio en la calle Mayor. Iban paseando y Félix le pidió a Milagros que cerrara los ojos porque en uno de ellos tenía algo. Cuando los hubo cerrado le plantó un beso. Cien metros recorrió ella corriendo: no se lo esperaba. En 1997 celebraron sus bodas de oro, cincuenta años de matrimonio en



los que ha habido momentos difíciles pero que con el apoyo mutuo han sabido superar. Para Félix el secreto de una relación tan larga está en no perder la ilusión, en el respeto, en el apoyo y en seguir sintiendo deseo hacia el otro. “A mi mujer nunca le ha dolido la cabeza, siempre ha estado dispuesta y bien guapa”. Ella sigue siendo una mujer coqueta que conduce su propio coche para ir todos los viernes a la peluquería. Para ella ha sido un buen marido: “me ha respetado, no me ha faltado y eso es lo principal. Ha sido un buen padre y un buen marido”. En uno de sus poemas Félix expresa su deseo de llegar a los cien años en compañía de su esposa: “Mi chata me dice siempre / que a los cien hay que llegar / y yo trato de seguirla / pues nunca me ha ido mal”. Claro que el amor que sienten ahora es muy distinto al que sentían de jóvenes. Ya no existe la pasión pero aseguran que ahora hay amor verdadero, un amor desinteresado. Reconocen que antes podía existir el interés del deseo pero ahora lo que sienten es la satisfacción de haber superado juntos los problemas a los que la vida les ha enfrentado, de haber criado a sus hijos, Félix y Julio, de ver crecer a sus nietas y de haber mantenido siempre el cariño entre ellos.

Lo importante de la vida

Una de las cosas que más valora Félix Crespo Fernández es el amor y el apoyo de su esposa. Reconoce que sin ella las cosas le hubieran ido de forma muy distinta. En los momentos más difíciles de su vida ha contado con la comprensión, el apoyo y el cariño de su chata, como él llama a su esposa. En 1993 la empresa que fundara en 1952 fue a la quiebra y pasó por una depresión. En esos momentos el apoyo de Milagros fue determinante y así el mismo lo reconoce. Bastan unos minutos en compañía de este matrimonio para darse cuenta del amor que sienten el uno por el otro. He pasado con ellos varias tardes y las miradas de ambos delatan el amor que se sienten. El amor que sienten ahora es distinto al que sentían recién casados. Ahora más que la pasión del primer momento tienen la satisfacción de haber superado los problemas a los que le ha enfrentado la vida, haber criado a sus hijos y ver como crecen sus nietas.

Para Félix es muy importante no perder la ilusión. Aconseja que siempre hay que mantener vivo el deseo por la pareja y para ello es esencial cuidarse. Su esposa va todos los viernes a la peluquería y eso él lo valora. Félix Crespo tiene 85 años y su mujer 84 y es sorprendente como en algunos momentos se comportan como dos jóvenes enamorados. Una lección, sin duda, en estos tiempos en los que las relaciones no suelen durar mucho. El secreto para ellos ha sido el respeto mutuo, la comprensión y no dudar en acudir al otro para pedir perdón por alguna falta. Milagros dice que a su marido muchas veces le gusta “pinchar” o que refunfuña por cualquier tontería pero también reconoce que es él quien, pasado un rato, acude a ella le pide perdón y le da un beso.

En Félix son también muy importantes las relaciones de amistad; unas relaciones de amistad en las que no se pida nada a cambio. Como él dice “no hay que ser un sota” hay que ser cariñoso y noble con la gente.

Este hombre de 85 años dice tener el secreto para conseguir en la vida lo que uno quiera. La tenacidad y la voluntad son claves para alcanzar los objetivos que se persiguen. Para ello dice que hay que formarse, aprender y trabajar con honradez. Luego te llega el orgullo y la plena satisfacción de haber conseguido lo que se quería.

